

**DISCURSO**

del

**SR. D. CAYETANO ROSELL**

sobre

**La expedición de Orán y proyecto de conquista de Africa,  
concebido por el cardenal Jiménez de Cisneros**

leído

**EN LA SESION PUBLICA**

que

**PARA DAR POSESION DE PLAZA DE NUMERO**

ha celebrado desde 1852

**LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA**

Contestación por el

**SR. D. ANTONIO BENAVIDES**

**MADRID, 1858**



**LIBRERIA JIMENEZ**

Mayor, 66-68

MADRID

1140107  
5000 plus

A-Caj. 112/3

DEPARTMENT

INFORMATION

SECTION



DISCURSO

# RECEPCION

D. CAYETANO ROSELL

DEL SEÑOR

## DON CAYETANO ROSELL

en 31 de Mayo de 1857.



RECEPCION

del señor

DON CAYETANO ROSELL

en 31 de Mayo de 1857.



# DISCURSO

DEL SEÑOR

D. CAYETANO ROSELL.

Señores:

SEGUNDA vez soy objeto de vuestra benevolencia ; llego segunda vez á este recinto , donde un dia de los más venturosos de mi vida dejé para siempre empeñada mi gratitud. Cuatro años há que esta ilustre y docta Corporacion puso un lauro sobre mis sienes ; galardón de mi fortuna , no de mi merecimiento. Halañado por la suerte , confieso que concebí entónces mil plácidas ilusiones. Hoy , sin embargo , se realiza la única que no me atreví á abrigar.

Falto de nuevos méritos , sin género alguno de solicitud por parte mia , que con razon se hubiera calificado de temeraria , soy llamado á ocupar un asiento en esta Academia insigne , deposita-

ria del saber con que una y otra generacion han enriquecido los preciosos archivos de nuestra historia. Para satisfaccion de mi amor propio, esta preferencia me bastaria : asociar mi nombre á los que tan ilustres han sabido hacerse en la república de las letras, y ostentar en mi pecho una distincion de tantos apetecida, honra es que, por lo inesperada, pudiera desvanecerme. Mas recordando que este título no es solo de lucimiento; que el esplendor de esta Corporación lleva consigo arduos empeños y deberes, y que mis fuerzas son inferiores al peso que echo sobre mis hombros, quanto por una parte se aumenta mi satisfaccion, crecen por otra mi recelo y desconfianza. — Siguiendo la práctica establecida, voy á dar el primer paso en una palestra recorrida por otros con tanta gloria. Vengo, señores, no á mostrar primicias anticipadas de un pobre ingenio, ni siquiera á hacer alarde de mi entusiasmo : vengo solo á depositar en vuestras manos la ofrenda de mi agradecimiento.

El punto de que voy á tratar (1) es harto conocido para que me proponga ilustrarlo con nuevas investigaciones. Bajo el aspecto histórico, como hecho realmente célebre y en que intervinieron personajes de altísima nombradía, nada hay que añadir á las relaciones que se conservan en todos nuestros anales; mas como acontecimiento aislado, íntimamente unido á otros muchos que constituyen una de las épocas más grandiosas de nuestra patria, conviene examinarlo en particular, estableciendo sus verdaderas causas, sus fines y resultados, y apreciando el valor é importancia de una empresa, más celebrada por lo que fue que por lo que, á no mediar obstáculos inevitables, hubiera realmente sido.

Hablo de la expedicion de Oran y del pensamiento de conquista de Africa (2), concebido por el sabio, animoso, íntegro, vene-

rable y gran cardenal de España Jimenez de Cisneros ; suceso que, aun en aquel siglo de prodigios , con razon puede estimarse por singular y maravilloso. ¡ Felices generaciones las que , á impulsos de magnánimos sentimientos, cifraron en Santa Fe el blason más glorioso de su heroismo , y llevaron el lábaro de la cruz á las playas de un mundo vírgen ! Tres siglos de abyeccion y decrepitud no han bastado á oscurecer la memoria de aquellos hechos. Viva se ha perpetuado en el amor de nuestros mayores ; acrecentada por la admiracion , ha llegado hasta nosotros con la herencia de nuestros padres.

Considerados hoy como son en sí , claramente se descubre que todos aquellos triunfos y portentos eran hijos , no solo de una idea , sino de un afecto ; no solo de un cálculo político , sino de un sentimiento profundo , antiguo , tradicional , que como pasion verdadera imperaba en todos los corazones.

Este sentimiento era la fe religiosa , extraña á la inteligencia , nacida de las aspiraciones del alma , benéfica y grande de suyo , por más que , interpretada viciosamente , diese despues origen á errores y abusos vituperables ; y de este fecundo principio Castilla era á la sazón exclusivamente deudora á su soberana. La sociedad , cuerpo animado , que entónces gozaba todo el vigor de su robustez , obedecia á Fernando como á su cabeza , y á Isabel como al corazón , que armonizaba y regia todos sus movimientos. El uno era su inteligencia , el otro su voluntad ; el uno representaba la política , el otro las propensiones y creencias del pueblo , con quien se habia identificado. Así , los planes que Fernando discurria los realizaba Isabel como por encanto. Fernando guiaba sus huestes á los combates ; Isabel les inspiraba fortaleza y ardor para que venciesen. Con él se hubiera quizá prolongado la guerra contra los moros ; sin ella hubiera resistido Granada

más tiempo á la porfía de los cristianos (3). El Rey formaba políticos ; la Reina improvisaba héroes ; y mientras él tendía su vista á Italia para avasallarla lentamente á fuerza de batallas y negociaciones, ella equipaba unas miserables carabelas, y de una vez conquistaba un mundo.

En la época á que me refiero, la incomparable señora había ya recibido en el Cielo el premio de sus virtudes (4). Muerta la luz que alumbraba á España, de nuevo aparecían en su horizonte sombras y anuncios de tempestades. Por un lado las zozobras de Italia, amenazada siempre de extraños dominadores ; por otro la sucesión de nuestra corona, puesta en manos de una princesa desacordada y un joven voluble y desvanecido. Nápoles, conquista del Gran Gonzalo, acogía al Rey Católico, apartado del régimen de Castilla. A la liga de Cambray, formada contra venecianos por los mismos que necesitaban de su amistad y ayuda, iba á sustituir la Liga Santa (5), cimentada en el resentimiento de Venecia contra los franceses. En Italia, como en palenque universal, se ventilaban todos los derechos y usurpaciones. Allí acudían, España á dominarla con su fortuna ; Francia á despedazarla con sus rencores ; Maximiliano á corromperla con sus intrigas. En el pontífice Julio II, su protector natural, tenía un tirano ; y de Venecia, egoísta y codiciosa, no podía esperar sino perfidias. En vano los cisnes de aquellas playas saludaban con himnos de triunfo al moderno Anibal (6). Vencedora ó vencida, Italia labraba contra sí propia su mengua y su cautiverio (7).

Igual desdicha hubiera cabido también á España, á no velar por su suerte un consumado gobernador. Con la ausencia de don Fernando, su injustificable amistad con Francia, y el menosprecio que hacía de la memoria de doña Isabel dando á su tálamo

sucesora, andaban un tanto agriados los ánimos en Castilla, y poco satisfechos de su incorporacion los aragoneses (8). Con el imperio desconcertado del Archiduque, en quien solo hallaban favor las sugerencias de la lisonja, tornaba á medrar el bando de los señores revoltosos y descontentos. Todos estos males atajó á tiempo la Providencia. Llevóse en lo mejor de su edad al esposo de doña Juana; la vuelta de D. Fernando restauró en breve el comun sosiego, y el arzobispo Jimenez, no ménos por su dignidad que por sus sabias resoluciones, supo granjearse el respeto aun de los mismos á quienes contrariaba: espejo en que deben mirarse los encargados de la justicia.

Restablecida así la tranquilidad doméstica, y las contiendas extrañas aplazadas, si no del todo sobreseidas, era preciso atender á otra necesidad muy encarecida de los políticos. Las guerras son enfermedades graves, de que tardan en convalecer los pueblos; la gente que vive de ellas, acostumbrada á sus rebatos y desasosiego, no puede de pronto quedar ociosa; es sangre que, paralizada, se corrompe y vicia, y suele ser de más daño que provecho para el Estado (9). La ambicion de otros, que no la propia naturaleza, habia hecho ademas á los españoles tenaces y belicosos; hasta el inofensivo labrador entendia del manejo de la lanza tanto como de la esteva; el noble no conocia mejor oficio que el de las armas; y gracias al patrocinio de Isabel y de Cisneros, y á las ventajas que lograban los estudiosos, resplandecia ya la luz de la imprenta, encendida en la de las aulas, alternando con el estruendo de las liñas el apacible cultivo de las ciencias y de las artes (10).

Mas quien tenia á su cargo el régimen del gobierno no podía, como solícito republico, anteponer ninguna otra gloria á la de las armas; en ellas vinculaba sus triunfos la religion, la patria



no habia quien se aventurase al comercio, ni quien osara apartarse de sus playas, ni fuerza que defendiese las poblaciones; razon más para encaminar nuestras armas por aquel lado.

Africa, cuya parte septentrional amenizan ricos bosques y fértiles llanuras, parece destinada por la naturaleza á formar parte de Europa, trocando con ella sus producciones (13). Cuantos imperios se han dividido el mundo pusieron en ella sus esperanzas y su codicia. Alejandro la amenaza desde Egipto; mas con su muerte se frustra y disuelve la falange de Macedonia. Cartago y Cirene prestan á Utica su grandeza; pero ni Lúculo, ni Pompeyo, ni los lugartenientes de Augusto y de Trajano logran sobreponerse á los rebatos de los numidas. Los moros, naturales, como estos, de aquellas regiones, se acomodan fácilmente al imperio de los extraños: con la misma docilidad que el cristianismo, reciben los mitos de los gentiles y abrazan la creencia de los mahometanos; conceden sus hijas á los colonos de Roma; se sublevan con Bonifacio; pactan alianza con Gontarico, caudillo de bárbaros invasores; se reconcilian con Belisario, y quedan reducidos por fin á la servidumbre de los árabes, trasformándose en romanos, en vándalos, en asiáticos (14), siempre viles, siempre solemnizando con su presencia el festin de los vencedores. Entre la Numidia feroz y las Mauritánias, pobladas de razas débiles y cobardes, toda nacionalidad era imposible. De aquí nacieron los Estados independientes; de aquí los gobiernos berberiscos, afrenta de la política europea (15). Si al cabo era destino de Africa servir perpetuamente de teatro á tan borrascosas vicisitudes, más bien que esclava de las dinastías musulmanas le hubiera convenido ser tributaria de una nacion de Europa, y sobre todo, de la que con ella partia límites, de España, elegida por la Providencia para presidir á la cultura del universo.

Todas estas reflexiones entraban, sin duda, en los cálculos de Cisneros, y se inflamaba su ánimo en deseos de acometer tan audaz empresa. Con ella satisfacía asimismo los del pueblo, cuyo perspicaz instinto era tan favorable á aquella determinacion, mayormente desde que la rota de D. Diego de Córdoba en Mazalquivir (16) habia añadido nuevo estímulo á su venganza. Francia en lo antiguo, Sicilia y Génova en más de una ocasion, y los portugueses repetidas veces, ó por espíritu de ambicion, ó movidos de sus agravios, habian llevado sus huestes á aquellas partes. De Aragon y Castilla habian partido ya tiempos atrás expediciones contra los berberiscos; y la ocupacion por las armas españolas de Melilla, Mazalquivir y el Peñon de Velez, así como el auxilio con que en Arcilla acudimos á Portugal (17), mostraban las intenciones del Rey Católico en punto al Africa, constante objeto de sus solicitudes, bien que á lo mejor frustradas por las complicaciones que en Europa sobrevenian.

Por concesion de la Santa Sede teniamos en aquellos Estados el derecho exclusivo de su conquista (18); y sin más consideracion que ser esta de todos apetecida, podia reputarse el dominio de Africa como una alta aspiracion política: fin con que se justifican muchas veces pretensiones ménos legítimas y acertadas. De que la idea estaba hacia tiempo en la mente de todo el mundo, y aun la seguridad de que se realizase, tenemos una prueba evidente en la permuta que Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas, hizo de sus bienes por los molinos de Tremecen cuando se conquistasen (19): rasgo caballeresco, á que la posesion que tomó de los mismos su heredero quita el carácter que algunos pudieran darle de maravilloso. Y en cuanto al concepto político de la empresa, tan en consonancia estaba con el sistema y espíritu del gobierno, que es una de las prescripciones contenidas en el tes-

tamento de doña Isabel (20) ; como si por este medio hubiese querido mostrar la ilustre Princesa que Africa habia sido tambien para ella , como para D. Fernando, el norte de sus esperanzas, el término de su anhelo, y que debia serlo de sus sucesores, poniendo en tan alto punto la mira , para llevar á dichoso término la gloria de la nacion.

Quando los turcos preparaban su agresion contra Europa , por una parte corriéndose hácia Hungría , y por otra , contando con enseñorearse de Italia , y los gobiernos de esta cerraban sus ojos á aquel peligro (21) , ¿qué recurso más político que encender la guerra en las costas de Berbería , cuyos jeques y emires eran auxiliares ó feudatarios de los sultanes ? Pero Cisneros sabia encumbrar á otra esfera sus pensamientos. La política , á su modo de ver , no debia ceñirse á un fin único y limitado , sino derivarse de tal principio , que fuese norma segura en todas las circunstancias , y diese cumplida satisfaccion á todos los intereses. En dos polos , no opuestos , sino conjuntos , descansaba la máquina del Estado : la religion y la monarquía : ambas se prestaban apoyo mútuo ; en la desgracia y en la prosperidad habian gemido y triunfado juntas ; y no era dable acometer empresa de importancia sin que sirviese la cruz de enseña á nuestros pendones. Lo que fue para Carlo Magno medio y objeto de su unidad política (22) , debia ser para Cisneros propósito y móvil de su conquista. De escaso valor era á sus ojos la adquisicion material de nuevos imperios y señoríos ; mas contemplaba como un deber el propagar la fe y civilizacion cristianas por la que fue un tiempo patria de los Ciprianos y los Agustinos (23). Su nueva dignidad de príncipe de la Iglesia, sus virtudes apostólicas , sus predicaciones en Granada , su reforma en la disciplina de los claustros, su espíritu , su vida , y por último , el entusiasmo con que alguna

vez acogió el piadoso delirio de las cruzadas, no podía inspirarle ni mayor ni distinto anhelo (24). En España predominaban aún los mismos sentimientos que habían alimentado su heroísmo de ocho siglos; los árabes guerreaban también en nombre de sus creencias; el cristianismo conservaba sus órdenes militares; y si la política había de serlo, dando de sí sazonados y opimos frutos, debía someter y enlazar los intereses materiales al esplendor y acrecentamiento de la religión.

Ya en vida de la Reina se había ventilado el punto de una expedición á la costa de Berbería; y el animoso conde de Tendilla, cuyo carácter caballeresco le había hecho popular hasta entre los moriscos, se brindó á sufragar los gastos de la jornada (25). Mas ni este propósito, ni la ratificación que hizo de él la misma Reina en su última voluntad, amenguan en modo alguno el del Arzobispo, el cual lo realizó de manera, que sería injusticia usurparle la gloria de la iniciativa.

La muerte de doña Isabel, y las turbulencias que sobrevinieron, obligaron á alzar mano en aquel designio; pero no mucho después, y como por vía de preparación y ensayo, partió de Almería una pequeña escuadra con el alcaide de los Donceles, D. Diego Fernandez de Córdoba, que para el mando de las fuerzas de mar llevaba consigo á D. Ramon Cardona. Del coste de esta empresa parece que se encargó el Primado (26), pues las copiosas rentas de su diócesis y su buena administración le permitían anticipar por lo ménos la suma que se necesitase. Logróse por completo el fin: en agosto de 1505 se hicieron á la vela; en setiembre se apoderaron, no sin trabajo y porfiada resistencia de los enemigos, de la ciudad y fortaleza de Mazalquivir, situada dentro del mar, en la playa de Berbería, y unida solo al continente por una lengua de tierra; punto importantísimo, por ser el

puerto más capaz y abrigado de aquella costa, cercano á Oran, y excelente como base de las empresas que se intentaran en lo sucesivo. Dos años despues, sirviendo el mismo D. Diego la tenencia de aquella plaza, en una correría que hizo con la guarnicion, se vió acosado por la morisma en términos que, á más de perder un buen número de gente, hubo de meterse á toda priesa en su fortaleza; y esta derrota, segun queda apuntado, se recibió en España como un ultraje que pedia venganza ejemplar y pronta.

En la resolucion estaban conformes todos los pareceres; únicamente disentan en la manera de realizarla. El Rey era quien se mostraba más remiso; y no porque le disgustase tentar la fortuna por aquel lado, pues á más de realizar así sus proyectos, podia encubrir algun otro á la sombra de lo de Berberia, y aprovecharse quizá del descuido de sus rivales; sino porque, naturalmente receloso y desconfiado, temia que el Cardenal, siendo el que solicitaba aquella empresa, se tomase sobrada mano en el negocio, y una vez hecho, se reservara para sí las mayores utilidades. Apurábale asimismo la falta de recursos; mas no podia oponer este reparo, dado que el Arzobispo ofrecia los suyos y no se mostraba exigente en cuanto al plazo ni á las demas condiciones del reembolso (27).

Atizaban, por su parte, esta prevencion la gente de guerra y sus allegados. Ponderaban las dificultades del intento, los dispendios que ocasionaria, la autoridad con que debia llevarse á cabo, todo con el fin de apartar de él el ánimo del Arzobispo. Y como este replicase que, á más de satisfacer los gastos, acudillaria en persona la expedicion, prorumpieron desembozadamente en sátiras y murmuraciones. Decían que un fraile septuagenario y endeble de salud, por más que hubiese llegado á Arzobispo y



cardenal y ministro de los reinos, no habia de ser tambien árbitro en los asuntos de guerra, ni alzarse con el oficio de capitán; que una cosa era mostrar entereza y vigor para los consejos, aposentándose en los estrados de la corte, y otra vivir al raso, empuñar la espada y lanzarse en lo más recio de los combates; censuras que no hacian mella en quien contaba con voluntad tan firme, y era ademas el único que podia tomar sobre sí tan aventurado empeño.

De antemano habia reunido cuantas noticias podian ser de provecho para su jornada, no solo respecto al número y calidad de la gente que habia de servir en ella, sino á los aprestos de bajeles, víveres y municiones, y á los puntos en que debian emprenderse las primeras hostilidades. Un coronel italiano, Jerónimo Vianelo, que ya se habia distinguido en nuestros ejércitos y en el arma de artillería, le facilitó diseños de las costas y plazas de Africa, que habia estudiado detenidamente, y en especial de Oran, reputada á la sazón como llave de aquella tierra (28). Porfió Cisneros; accedió el Rey, y se dispuso dar principio á los preparativos. En Málaga habian de juntarse las provisiones; la masa de la gente y la incorporacion y armamento de los bajeles debian hacerse en Cartagena. Para el mando de la expedicion se eligió á Pedro Navarro, conde de Oliveto (29), célebre en el arte de las minas, que pocos meses ántes se habia apoderado del Peñon de Velez, yendo en persecucion de unos corsarios. Por cabos se nombraron al conde de Altamira, Juan de Espinosa, Alonso de Granada Venegas, Gonzalo de Ayora, Villalva y algunos otros; maestre de campo á Vianelo; y á Villarroel, gobernador de Cazorla, sobrino del Arzobispo, comandante de la caballería, en que iban hasta cuatro mil jinetes. Con estos y ochocientas lanzas de las guardas ordinarias, se componia el ejército de catorce á

diez y seis mil hombres (30), muchos de ellos veteranos de Sicilia (31), los demas procedentes de las levas últimas. Las embarcaciones de todas clases no llegaban á noventa (32); las provisiones de boca y guerra eran cuantiosas.

Parecian ya superadas todas las dificultades, cuando el Rey puso otras nuevas, valiéndose de dilaciones y entorpecimientos (33). Costóle al cardenal no pocos pasos vencer asimismo esta resistencia; y no bien lo habia conseguido, y trasladádose al puerto de Cartagena, teniéndolo todo dispuesto para emprender su navegacion, se suscitaron embarazos de otra especie, que hubieran retraido de su designio al hombre más animoso. Sobre la provision del mando de ciertas compañías, habia ya tenido Pedro Navarro con el Cardenal altercados y contestaciones, pues como soldado brusco y de humilde origen, era de condicion poco sufrida, y tan suelto de lengua como de manos. Puesto ahora de acuerdo con Vianelo, y próximos á embarcarse, parece que corrieron la voz entre los soldados de que no les darian sus pagas. Con esto se amotinaron. Vianelo trató de reprimirlos, castigando á algunos; Villarroel tomó la defensa de su tio, y pasando de las palabras á los hechos, dió al italiano una cuchillada que le tuvo á las puertas de la muerte. Por fin sanó este de su herida; pagóse á los soldados, segun iban entrando á bordo, y el 16 de mayo de 1509, á las tres de la tarde, levando anclas la armada toda, con viento próspero tomó el rumbo de Berbería.

No habrian pasado veinte y cuatro horas, cuando alcanzó á ver el cardenal Jimenez, capitan general de Africa á la sazón, el promontorio de Cabo-Ferrato, levantado sobre la costa que en frente se dilatava, como para indicarle el punto adonde debia enderezar sus proas. A un lado, sumergida, al parecer, entre las aguas, distinguia la fortaleza de Mazalquivir, y figurábasele oír las sal-

vas con que le daba la bienvenida ; al otro la ciudad de Oran, con sus torres y millares de edificios , rica , suntuosa , edificada sobre dos alturas ; y llevando en la memoria las descripciones de Vianelo , creia descubrir el fondo de su bahía , árido y de triste aspecto , y en medio de sus dos colinas los pomposos jardines regados por la corriente de un arroyo. Su júbilo le representaba todas estas risueñas imaginaciones ; su entusiasmo le hacia anhelar el momento de poner la planta en aquella orilla , donde tenia su triunfo por indudable ; que , aunque anciano , conservaba todo el nervio y hervor de la juventud.

Al caer la tarde arribó la armada á Mazalquivir ; desembarcó la gente de á pie ; los caballos quedaron hasta nueva orden en los bajeles. Pasóse la noche en vela y en idear trazas para el siguiente dia (34). El Cardenal no reposó un momento ; el conde Pedro Navarro y los demás cabos tuvieron sus conferencias ; y habiendo recibido aviso de que se veían las ahumadas de los enemigos , señal de estar ya prevenidos de su llegada , acordaron emprender la marcha ántes que amaneciese. Oran distaba de Mazalquivir poco más de media legua ; no era menester mucho tiempo para ponerse á la vista de la ciudad.

Con todo , gran parte de la mañana se gastó en razonamientos y proyectos. Quería el Cardenal tener á mano la caballería ; Navarro la contemplaba inútil , y en esta porfia trascurrieron algunas horas : al fin se conciliaron ambos pareceres , sacando de las naves el grueso de ella. Llegó el ejército á una eminencia cerca de Oran , desde donde casi se dominaba la plaza á caballo. Estaba ya ocupada por la morisma , y Navarro determinó apoderarse de ella. Caminaba el Cardenal en una mula delante del ejército , acompañado de religiosos de su orden , asimismo en sendas cabalgaduras ; precediale la cruz arzobispal , y él y todos los otros

ceñían espadas sobre los sayos sacerdotales ; que á quien sepa la obligacion que en lo antiguo tenian los eclesiásticos de acudir á las batallas , y recuerde la animacion con que el insigne prelado don Rodrigo pinta la de las Navas , en que militó , como ahora nuestro arzobispo , no maravillará semejante resolucion (35).

Puesto , pues , el venerable Pastor á la cabeza de sus huestes , y viéndose cercano á los enemigos , trepó á una loma , y desde allí , en breves palabras , como la urgencia del caso requeria , les habló de la empresa que iban á acometer , y les comunicó tal ardimiento , que los soldados prorumpieron en gozosos vivas , mostrándose impacientes por venir á las manos con los contrarios. Determinado iba ya el Cardenal á trabar la lid , cuando Navarro y sus compañeros le detuvieron , rogándole que no pusiese su vida en trance tan peligroso , ni á ellos en el caso de distraerse del combate por el cuidado de su persona. Vencido de sus argumentos , bien que con repugnancia , hubo de retroceder á Mazalquivir , dirigiéndose á la capilla de San Miguel , para pedir al Cielo en fervientes preces por los que defendian su santa causa.

Reconocidas las alturas que ocupaban los enemigos , y calculado su número , que era considerable , dudó el conde Navarro si darles la embestida ántes que cayese la tarde , ó esperar hasta el otro dia. Pidió órdenes al Cardenal , y este le mandó atacar sin tardanza y resueltamente. Repartido , pues , el ejército en cuatro cuerpos , con la necesaria asistencia de caballos y de cañones , sonaron atabales y trompetas , y en un momento , y como á impulsos de una voluntad sola , se movieron aquellos tercios , acercándose á la montaña (36).

Cubria su falda una espesa niebla ; los moros se mantenian quietos y silenciosos ; mas apenas , ganando los nuestros parte de la subida , salieron al aire libre , cayó sobre ellos tal lluvia de



piedras, de flechas y de bodoques, que parecia venirseles encima la sierra toda. Allí fue el empuje de los más fuertes; allí la saña y obstinacion de los corazones. Eran los enéimigos muchos y denodados; no cejaban un palmo de terreno; no tenían las manos ociosas un solo instante. Sangrienta iba mostrándose la fortuna, cuando acertó el conde Navarro á ladear las bocas de sus cañones; sembraron sus tiros terror y estrago en las filas de los infieles, que no pudiendo soportar la furia de sus rociadas, á paso lento primero, y luego atropelladamente, trataron de açogerse al amparo de sus murallas.

Peró aquí los aguardaba desengaño más doloroso; porque habiendo la artillería de la armada, haciendo fuego desde las naves, descabalgado las mejores piezas que tenían los moros en su ciudadela, y encaramándose por otra parte hasta los adarves algunos de nuestros soldados, que se sirvieron de las picas como de escalas, de improviso se vió la ciudad ocupada por los españoles. Sosa, capitán de la guardia del Cardenal, fue el primero que, á las voces de «¡Santiago y Cisneros!» enarboló en las almenas de Oran el estandarte de los cristianos. Siguiéronle algunos otros, y abiertas de par en par las puertas de la ciudad, se precipitaron los nuestros en ella como un torrente (37).

Cruel era en aquella época la victoria; crueles no ménos que valerosos fueron los españoles con los vencidos. El saco y la mortandad, que duraron toda la noche, darian argumento á un horrible cuadro: no estimemos jamás un triunfo por la sangre de los que lo pierden. Oran era ya de España. El gran cardenal Cisneros recibió las llaves de la poblacion, y entró en ella aclamado como conquistador, admirado por su prevision, bendecido por su entereza y por su constancia. Merecedor se habia hecho de tanto y mayor aplauso: no fue César más grande ni más di-

choso cuando cifró en una sucinta frase la hipérbole sublime de su victoria ; pero nuestro modesto caudillo remitió á Dios todas sus alabanzas. Con los despojos de una ciudad que con razon era tenida por el emporio más opulento de aquella tierra , pudo añadir gran copia de riquezas á su tesoro (38) ; mas reservándose únicamente algunos libros , tal cual trofeo para su iglesia , y los dones de que pensaba hacer presente á su soberano , dió insigne ejemplo de abnegacion y de menosprecio á los bienes de la vida. Su primera diligencia y su mayor gozo fue devolver la libertad á trescientos cristianos que en aquellas mazmorras gemian cautivos. Con lauro tan inmarcesible acabó de coronar la fama su ilustre nombre , completando el glorioso triunvirato en que aún figura , compañero de Colon y del Gran Gonzalo.

Compañero fue de uno y otro , así en la celebridad como en la desgracia. España ha solido ser siempre tierra de ingraticudes ; atribuyámoslo al número de los merecedores más que al de los ingratos. Pero al considerar que pocos dias despues de su conquista tornó el Cardenal á la corte , temeroso del Rey , ofendido por Navarro , y renunciando para siempre á la prosecucion de una empresa que habia sido el colmo de sus ilusiones y esperanzas , pudiera decirse que en el mundo hay una expiacion para los que pasan por sus grandezas y su fortuna (39).

Omito , señores , la relacion de todas estas vicisitudes , que no conducen á mi propósito ; paso tambien por alto , en obsequio á la brevedad , los triunfos conseguidos por el conde Navarro posteriormente , su entrada en Bujía y Trípoli , despues de rigurosos asedios , el terror que produjo en los pueblos berberiscos , haciendo tributarios de España á Argel , Túnez y Tremecen , y cómo la infausta rota de los Gélves frustró en cierto modo tan halagüenos resultados , paralizando el progreso de nuestras

armas. Carlos V, con todo su poder, se vió en las aguas de Argel contrariado por la naturaleza; la naturaleza, pasados más de dos siglos, nos arrojó también de Oran, primera y última de nuestras principales conquistas en aquellas partes. Oran, pues, representa, no solo el período de nuestra dominación, sino el espíritu que presidió á nuestras expediciones en Africa.

Señores, ó me ofusca la razón el exceso de mi amor patrio, ó ese espíritu llevaba en la misma generosidad y grandeza de sus fines su mayor justificación y encomio. Lanzando de España á los sarracenos, persiguiéndolos hasta en sus reparos y guaridas, seguíamos el camino que nos indicaban nuestras victorias; y devolviéndoles su agresión, usábamos ciertamente del derecho de represalias, que en aquella época era natural y de todo el mundo reconocido. Y si atendemos á las consecuencias materiales de la conquista, ¿cómo negar que fuesen en sumo grado ventajosas á los intereses de España, á los de Europa, y en general á los de la civilización? Cada uno de los triunfos que en aquellas regiones se alcanzasen, era un beneficio dispensado al comercio de nuestro continente, no ménos que á la causa de la humanidad, horrorizada con las iniquidades que diariamente se referían de los piratas. Bajo otro punto de vista, España, potencia marítima desde que fue señora del Guadalquivir, árbitra de dos mares desde que tuvo en su mano las llaves de Gibraltar, reina de las Baleares y las Canarias, y con dominio casi absoluto en Nápoles y Sicilia, no solo por título de más fuerte, sino por razón de proximidad y por ley que su propio riesgo le imponía, estaba en obligación de ser la defensa y antemural de la cristiandad, así como la cuchilla exterminadora de la barbarie. Ayudábanla, pues, en tan grande intento el deber, la justicia y la conveniencia. Veamos si procedió con acierto al realizarlo.

Africa se considera dividida en dos zonas imaginarias, que necesariamente deben entrar en los cálculos estratégicos (40): una se llama el Tell, compuesta de países por excelencia agricultores, abundantes de mieses, ricos en toda especie de producción y fertilidad; otra lleva el nombre de Sahara, estéril la mayor parte, poblacion de bárbaros, tierra negada á todo fruto que no sea el de la palma melancólica del desierto. De esta diferencia resulta que la dominacion del Tell es la preferible y aun exclusiva de Africa; el Sahara es tributario de la primera, adonde en determinadas épocas acuden los habitantes del interior para trocar sus dátiles por los cereales indispensables á su subsistencia. Así se ven obligados á rendir vasallaje y feudo á la potencia que domine el Tell; y en la zona de este ocupa Oran uno de los puntos más céntricos y aventajados; de suerte que, en cuanto á la direccion de nuestras fuerzas, y á los puntos en que desde luego trataron de establecerse, con dificultad hubiera podido darse eleccion más atinada. Mazalquivir, el mejor puerto de aquellas costas, ofrecia un fondeadero excelente y un buen punto de apoyo á nuestras escuadras. Antes de aventurarse á penetrar en el interior, convenia contar con retirada segura, y desde ella extender nuestro dominio á otras plazas del litoral. Dueños ya de Mazalquivir, la posesion de Oran debia anteponerse á cualquiera otra.

Mas no bastaba fiar suceso de tal importancia y magnitud á la azarosa fortuna de los combates; ni era pensamiento eficaz y completo de adquisicion limitar la empresa á una mera ocupacion de territorio, sin miras ulteriores, sin valerse de medios que hiciesen necesario y perpetuo nuestro dominio. Al ciego ímpetu de las armas debia seguirse el reposo pacífico de las leyes; al estrago inevitable de la cruzada, la restauracion fecunda de la política.

La toma de Oran se considera generalmente como una batalla

feliz, y en cierto modo maravillosa. Algo más fue, señores: fue el medio de plantear una sublime idea, un sistema bien entendido de conquista, una agregacion de los Estados africanos á la Península.

Teniendo el gran Cardenal, como no podia ménos de tener presente, el ejemplo de los antiguos soberanos, el de San Fernando en Sevilla y el de los Reyes Católicos en todas las ciudades reconquistadas, apunta uno de sus primeros historiadores las bases en que pensaba fundar la colonizacion de los países que se adquiriesen; á qué reglas deberian someterse los pobladores; cuáles bienes pudieran adjudicárseles, y cuáles reservar á la comunidad, en el concepto de propios ó de eclesiásticos; en qué forma convendria se trasladasen á aquellos países cierto número de caballeros de la orden de Santiago, que fuesen en Oran lo que en Ródas los hospitalarios; con lo cual, y con fundar algunas casas religiosas, y poner bajo una sola mano el gobierno de Oran y Mazalquivir, no seria efímera ni infructuosa la dominacion que tan próspera comenzaba. Añade el discreto historiador que don Fernando contempló útil y necesario este proyecto, bien que no llegase á vias de ejecucion, y que otro tanto le pareció despues al Emperador, dado que la muerte del Arzobispo estorbase llevarlo á cabo (41).

En vista de tan prudentes prevenciones, ¿será justo afirmar que el cardenal Jimenez, audaz en sus empresas y perseverante en sus designios, carecia de talento creador y del de organizar lo que creaba; que en la conquista de Oran obró con la misma preocupacion y exclusivismo que en todos sus demas hechos; que solo se cuidó de establecer iglesias y monasterios, y por fin el tribunal de la Inquisicion (42)? Aun sin las pruebas á que se refiere su historiador, debiéramos suponer que quien dió tales muestras de cordura y sagacidad en el gobierno, no habia de conducirse

impremeditadamente en la ocasion más gloriosa y crítica de su vida. Su plan de colonizacion, puesto que en sus pormenores nos sea desconocido, da sobrados indicios para presumir cuán bien pensaba hermanar los intereses de la religion con los de la política, y cómo, dando el carácter de una cruzada á su expedicion, se proponia satisfacer el insaciable patriotismo de aquella época. El enseñó á las generaciones venideras el rumbo por donde podia encaminarse la nacion á su verdadera gloria y engrandecimiento. Si el Rey Católico difirió aquellas conquistas por la de Navarra; si Carlos V, empeñado primero en extrañas guerras, naufragó luego en Argel, al volver su ambicion al Atlas, y pospuso la corona de este á la del imperio; si la dinastía de la casa de Austria cambió la direccion que habia dado la de Borgoña á nuestras armas y á nuestra política (43); y si, por fin, la emigracion española preferia las encantadas y auríferas regiones de América á los peligros y estrecheces de Africa, obstáculos, y aun imposibles eran, en parte todavía dudosos, y en parte superiores á todos los cálculos del saber y de la experiencia. — ¡Pobre razon humana! Se ha amenguado la gloria de Cisneros porque nadie secundó sus profundas miras; si por dicha se hubiesen realizado, ¿quién pondria tasa á sus alabanzas? No se dijera hoy con mofa, sino con envidia, que el Africa empieza en los Pirineos.

Contémplese en buen hora el gallardo hecho de Oran como un golpe de mano venturoso; no escatimemos á ciertos críticos inflexibles el mérito de sus juicios *à posteriori*; siempre resultará innegable que entre tantas expediciones, ya inútiles, ya funestas, mandadas á unos puntos y á otros de Africa por los gobiernos de España y de Portugal, tan solo la de Cisneros se efectuó pronta, feliz, gloriosamente y á poca costa (44). Siempre redundará en loor del célebre Cardenal que acometiese tamaño intento sin más

recursos que los allegados por su diligencia ; y se tendrá por maravilloso ver á un ejército indisciplinado , que se resistia á obedecerle como caudillo , á los mismos que más le menospreciaban , cobrar súbito brio con sus voces y con su ejemplo , arrojarle á los enemigos , desbaratar su formidable hueste , y en breves horas apoderarse de una ciudad que hubiera costado en otro caso cruento y prolijo asedio.

Pues ya España consagra á tan ínclito varon un monumento imperecedero , no he menester esforzar con débiles razones su panegírico ; empresa desempeñada ademas por las plumas de oro de nuestros Jovios. Ni trataré de imitar el paralelo en que le han puesto con Richelieu escritores sin duda más aficionados á las bizarrías de la imaginacion que á la severidad del raciocinio (45). Pero reprobemos , señores , ese escepticismo presuntuoso que trata de esterilizar tambien el fecundo campo de la Historia. Acomodando las diferentes épocas y civilizaciones al bello ideal de la actualidad , intenta penetrar en lo más recóndito de la intencion y de la conciencia humanas , y se rebela incrédulo contra la virtud , por ser incapaz de abrirla en su corazon. Así interpretará siniestramente el recto espíritu de Cisneros , calificando como astuta ambicion su retraimiento , y su modestia como hipocresía. Le motejará de altivo y tirano , porque empleó la incontrastable energía de su carácter en poner freno á la codicia y desmanes de las clases privilegiadas , por haber sido celoso de sus derechos siempre que los demas se mostraban osados en el olvido de sus deberes. No es dable , sin embargo , imponer silencio á las generaciones que le aclamaron íntegro republicano , reformista atrevido y sabio , político profundo y guerrero intrépido. Ellas nos explican cómo el orden y unidad que trataba de establecer en la administracion y la política , unidad que solo

existia en la religion , le hicieron ser en Granada inexorable con los moriscos , en la corte determinado con los magnates , y donde quiera rígido y justiciero con los indóciles. Ellas , en suma , aplauden unánimes su sinceridad nunca desmentida , su desinterés y pobreza en los empleos más elevados , el sacrificio que hizo á la patria de su retiro y de todas sus ilusiones , su entereza y austeridad en el claustro y en el episcopado , en el desierto y en el gobierno , en el tribunal de la Penitencia y en los supremos consejos de la Corona. Así se prueba la verdad en el crisol imparcial del tiempo.

La justicia de Dios ó nuestra desgracia frustraron el porvenir más grandioso que se ha ofrecido jamás á nacion alguna. Aspiracion era de todo un pueblo ; empresa de un hombre solo : si una y otra se malograron , designios son de la Providencia. Bendigamos la mano que así nos hiere ; mas rechazemos al propio tiempo injustas acusaciones. Niégase que fuésemos capaces de civilizar el Africa ; con nuestra civilizacion , señores , se honraron entónces Europa y el mundo todo. Afirmar que nuestro dominio en aquellos climas no hubiera ocasionado ventajas á la humanidad , es un error que harto deploran hoy nuestras antiguas colonias americanas (46).

Si un tiempo , tomando por dechado á los magnánimos españoles de aquellos siglos , vuelta la patria á su antiguo poder y esfuerzo , y unidos todos en vínculos fraternales , volviésemos las armas á las playas de Berbería , ennoblecidas con la sangre de nuestros abuelos , á las playas que á la sazón ambiciona ó puebla una potencia amiga , recordemos los agravios que aún recibimos de aquellas salvajes hordas ; recordemos los altos pensamientos que llevó á Oran su insigne conquistador ; y que su fe y vigoroso entusiasmo acaudillen nuestras banderas !

existía en la religión, le hicieron ser en firmada incoercible con los moriscos, en la corte determinado con los morales, y donde quinta rigido y justiciero con los indios. Ellos, en suma, se ablandaron más en su sencillez que en su firmeza en destino, y pobreza en los empleos más elevados, el sacrificio que hizo á la patria de su calma y de todas sus ilusiones, su entereza y austeridad en el claustro y en el episcopado, en el desierto y en el gobierno, en el tribunal de la Penitencia y en los supremos consejos de la Corona. Así se prueba la verdad en el cristal imparcial del tiempo.

La justicia de Dios ó nuestra desgracia frustraron el porvenir más glorioso que se ha ofrecido jamás á nación alguna. Aquí acción era de todo un pueblo y empresa de un hombre solo: si uno y otro se mataron, desiguales son de la Providencia. Hechos algunos la mano que así nos hizo, mas reconocemos al propio tiempo injustas consecuencias. Niegan que fuéramos capaces de civilizar el África; con nuestra civilización, errores se honraron entoces Europa y el mundo todo. Añadid que nuestro dominio en aquellos climas no hubiera ocasionado venturas á la humanidad, es un error que parte de lejos por nuestras antiguas colonias americanas (10).

Si un tiempo, tomado por dechado á los marciales espasmos de aquellos siglos, vuelta la patria á su antiguo poder y saluzo, y unidos todos en vínculos patrios, volviéramos las armas á las playas de Berberia, ennoblémoslas con la sangre de nuestros hijos, á las playas que á la sazón recibimos ó recibimos de aquellos salvajes horros, recordemos los errores que sin remedio que llevó á Oren su insignificante conquistador; y que en él y rigoroso escudillo nuestras banderas!

## NOTAS.

(1) Elegido hará próximamente un año para asunto de este discurso. Hago esta advertencia, á fin de que no se crea que me ha sugerido este pensamiento la ceremonia poco há verificada en Alcalá de Henares.

(2) Seria empeño casi interminable el de citar los nombres de todos los escritores que han tratado de Cisneros y de su empresa de Africa. A principios del siglo pasado, segun parece, se publicó un folleto de seis pliegos en 4.º, sin lugar ni año de impresion, con este titulo: *Autores que en obras impresas, en parte, que en todo (sic), han celebrado la vida, virtudes y milagros, ó alguna de sus hazañas, del venerable padre y santo cardenal D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo*. Añade tambien nota de los manuscritos, y resulta ser 339 los primeros y 96 lcs segundos.

Pueden consultarse, como más importantes, los siguientes:

ALDERETE (Bernardo de), *Varias antigüedades de España, Africa, etc.*—Amberes, 1614, 4.º

ANGLERIA (Pedro Mártir de), *Opus epistolarum*.

BERNALDEZ (Andrés), *Historia de los Reyes Católicos*, impresa en Granada desde 1851 á 1856.

CARVAJAL (Lorenzo Galindez), *Annales de los Reyes Católicos*, impresos en la *Coleccion de do-*

- cumentos inéditos*, de los señores: **MANUEL**, rey de Portugal, *De victoriis in Africa reportatis*.—Tomo II de la *Hispania illustrata*.
- CHENIER**, *Recherches historiques sur les maures, et Histoire de l'empire de Maroc*.—Paris, 1787.
- FLECHIER**, *Histoire du cardinal Ximènes*, traducida por el doctor D. Miguel Franco de Villalba.—Zaragoza, 1696, 4.º
- FRIAS** (Andrés ó Juan). Se cita su obra *De bello oranico*, de que parece se aprovecharon **GÓMEZ DE CASTRO** y **QUINTANILLA**.
- GIL** (Gonzalo), *Commentarium de bello africano*, publicado por **QUINTANILLA** en Roma, 1638.
- GÓMEZ DE CASTRO** (Alvaro), *De rebus gestis Francisci Ximenii*.—Alcalá, 1569, folio.
- GONZALEZ ARNAO** (D. Vicente), *Elogios del cardenal*.... tom. IV de las *Memorias de la Academia de la Historia*, 1805.
- HAEDO** (Diego de), *Topografía é Historia general de Argel*.—Valladolid, 1612, folio.
- HEFELÉ**, *Le cardinal Ximènes*.... traduit de l'allemand par Sainte Foi et de Bermond. —Paris, 1856, 8.º
- HEROS** (D. Martin de los), *Historia de Pedro Navarro*.—Colección de documentos inéditos, tomo XXV.
- LEO** (Joannes), *Descriptio Africae*.—Amberes, 1536, 8.º
- MANUEL**, rey de Portugal, *De victoriis in Africa reportatis*.—Tomo II de la *Hispania illustrata*.
- MARINEO** (Lucio), *De las cosas memorables de España*.—Alcalá, 1550, 33 y 59.
- MÁRMOL** (Luis), Primera parte de la *Descripción general de Africa*.—Granada, 1575, folio.
- MARSOLLIER**, *Histoire du ministère du cardinal Ximènes*.—Toulouse, 1694.
- MORALES** (Baltasar de), *Diálogos de las guerras de Oran*.—Córdoba, 1593, 8.º
- OVIDEO** (Gonzalo Fernandez de), *Quinquagenas*.—Diálogo de *Ximenez*.
- PRESCOTT** (William), *History of the reign of Ferdinand and Isabella*.—Tenth edition, Cambridge, 1842.
- QUINTANILLA** y **MENDOZA** (Pedro), *Archetypó*....—Palermo, 1655, folio.
- ROBLES** (Eugenio de), *Compendio de la vida y hazañas del cardenal D. Fr. Francisco Ximenez de Cisneros*.—Toledo, 1604, 4.º
- SALAZAR** (Fr. Pedro), religioso franciscano, *Vida del cardenal, etc.*
- ANÓNIMO**, *Cosas que pasaron en Africa en 1508*.
- Citanse manuscritos:
- AYORA** (Gonzalo de), *Relacion*

de la conquista de Oran.—*Historia de la Reina Católica doña Isabel.*

MONTOYA (Fr. Lucas de), *Vida del V. P. Fr. Francisco de Cisneros.*

SALAZAR DE MENDOZA (Pedro), *Historia de los arzobispos de Toledo.*

*Suma de la vida del cardenal Ximenez*, sacada de los memoriales de Juan de Vallejo.... por un criado de la condesa de Co-ruña.

VALENZUELA (Lope Sanchez de), *Historia de la conquista de Oran y Mazalquivir.*

Agréguense á este largo catálogo la multitud de historias generales, ya antiguas, ya modernas, y las particulares de los personajes ó sucesos relativos á la época.

(3) Sabido es que doña Isabel se opuso á la evacuacion de Alhama, á que entrasen sus tropas en cuarteles de invierno despues de la toma de Alora, y á que se desistiese de la empresa de Baza.

(4) Noviembre de 1504.

(5) Esta se concluyó en 1511; la primera, en 1508; aquella, entre el Pontífice, Venecia y Es-

paña; la de Cambray, entre el Papa, el emperador y rey de romanos, el rey de Francia, como duque de Milan, y el de España, como rey de Nápoles.

(6) «En medio de aquel coro general de adulaciones, dice Prescott en su *Historia de los Reyes Católicos* (traducción del Sr. Sabau, tomo iv, pág. 52), solo la musa de Sannazaro, que valia más que todas juntas, estaba silenciosa.»

(7) *Servire per sempre, vincitrice o vinta.* Maquiavelo, en el libro vii de su *Arte della guerra*, censura agriamente la corrupcion é inmoralidad de Italia en aquella época.

(8) Sin embargo, la union de Aragon y Castilla se ha considerado siempre, por propios y por extraños, como en alto grado ventajosa á ambas coronas.

(9) «E porque la soltura de la gente es tanta hoy, que conviene rogar y al mazo dar. ¡Oh! quantos en quantas maneras loan la guerra por el bien que della sucede: que sin ella no hay perpetua paz.... En especial agora que se esperaba en España si esta guerra no se atravesara lo



que acaesió despues que Cepion subjuzgó á Cartago y las guerras hobieron sobreseimiento, do se descubrió cantidad de robadores.» (Carta de Pulgar al conde D. Pedro Navarro, cuando pasó á Africa con el cardenal de España.—Pliego suelto, sin lugar ni año, existente en el tomo cxv de varios de jesuitas, de la Real Academia de la Historia.)

«El Gran Capitan habia por este tiempo enviado á España alguna gente inquieta del reino de Nápoles para que la empleasen, y el arzobispo persuadió á D. Fernando destinase aquella gente á la conquista de alguna plaza de Berberia, ofreciéndole once cuentos para las pagas. Hicieron la empresa de Mazalquivir con el alcaide de los Donceles D. Diego de Córdoba. Los que, por fin, despues de tomada la plaza, quedaron en ella, hicieron treguas con los de Oran para contratar unos con otros, por lo bien que les estaba.» (FERRERAS, *Sinópsis histórica de España*, tomo XII, págs. 84 y 85.)

(10) D. DIEGO CLEMENCIN, en su *Elogio de la Reina Católica*, cita los nombres de los que se distinguieron en uno ú otro concepto bajo tan venturoso reinado.

(11) «Après la chute de Grenade, ils parurent vouloir s'occuper sérieusement d'étendre leurs conquêtes dans ce pays (l'Afrique).» (E. PELISSIER, *Exploration scientifique de l'Algerie*, tomo VI.)

(12) Por los años de 1504 y 1505 se habia hecho ya temible el primer Barbaroja, á quien nuestros historiadores dan el nombre de Aruch, Oruch ú Omich, apoderándose de dos galeras del pontífice Julio II y de una nave que trasportaba á Nápoles quinientos soldados nuestros. Véase al P. HAEDO, ya citado, y la *Crónica de Omiche y Haradín Barbarojas*, por FRANCISCO LOPEZ DE GÓMARA, inserta en el tomo VI del *Memorial histórico de la Real Academia de la Historia*, páginas 357 y 358.

(13) CÉSAR CANTÚ, *Histoire universelle*, tomo XIII, pág. 454.

(14) *Alger*, par M. P. ROZET. *L'Univers*.—Paris, 1850 : t. LII, pág. 19.

(15) C. CANTÚ, *ubi supra*.

(16) En 1507.

(17) Innumerables puede de-

cirse que fueron las empresas de Europa contra Africa en todas épocas, en especial desde el siglo xi. A fines de este, el papa Víctor III envió una expedición para apoderarse de la ciudad de Mehadia, llamada Africa. A principios del siglo xii, Roger, rey de Sicilia, obtuvo repetidas victorias en aquellas partes, tomando algunas plazas y puntos de importancia, que se perdieron en el reinado de su sucesor. Felipe Doria, almirante de la república de Génova, se hizo dueño de Trípoli en 1355, y á fines de este siglo los genoveses armaron otra expedición con auxilio de Francia, aunque sin fruto alguno. D. Sancho, rey de Navarra, llevó también sus armas contra Túnez en 1200, aunque algunos aseguran que pasó á aquellas regiones en busca de socorros. Bien conocida es la ornada de San Luis á Túnez. A mediados, ó poco más, del siglo xiii, D. Pedro III de Aragon proyectó y llevó á cabo algunas conquistas en las partes de Africa, así como su almirante Roger de Laura; más adelante, Gilbert, vizconde de Castel-Nuovo, y un siglo despues, el infante D. Pedro y D. Alonso de Aragon. Portugal no apartó sus ojos de aquellas costas desde princi-

pios del siglo xv, llevando por auxiliares de sus armas las exploraciones científicas y el comercio. D. Juan I se hizo señor de Ceuta en 1415; D. Eduardo sufrió un fuerte revés en Tánger en 1437. D. Alonso V fue llamado por sus empresas *el Africano*, y en 1507 consiguieron también los portugueses la posesión de Safí, sin alzar mano de sus proyectos durante el siglo xvi, como lo prueba la infausta jornada de D. Sebastian. Las empresas ya formales de Castilla respecto al Africa datan desde los tiempos de San Fernando, que reunió en Sanlúcar una poderosa escuadra al mando de Bonifaz, la cual, con motivo de la muerte del mismo rey, ni siquiera se dió á la vela. Verdades que semejantes proyectos no maduraron hasta la época á que este escrito se refiere.

(18) «En 1494, en la guerra movida al Papa por Carlos VIII de Francia, concedió Alejandro VI á Fernando de Aragon la conquista de Africa, y la investidura y posesión perpetua de aquellos reinos de infieles, excepto lo de Fez y Guinea, que por concesión apostólica poseían ya los portugueses.» (*Historia general de España* del se-

ñor D. MODESTO LAFUENTE, t. x, pág. 15.)

(19) Los documentos justificativos de esta transaccion se hallan en *Hernan Perez del Pulgar*, el de las Hazañas, bosquejo histórico del Sr. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA (Madrid, 1834, 8.º), apéndice, números 17, 18 y 19.

(20) «E ruego é mando á la Princesa mi hija é al Príncipe su marido, que, como católicos príncipes, tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios é de su santa fe..... é que no cesen de la *conquista de Africa* é de puñar por la fe contra los infieles.» (Apéndices al tomo ix de la *Historia de España* de MARIANA, edicion de Monfort.—Valencia, 1796, pág. 14: testamento de la Reina Católica de 12 de octubre de 1504.)

(21) PRESCOTT, *Historia de los Reyes Católicos*, tomo III, pág. 19.

(22) CANTÚ, *Histoire universelle*, tomo VII, pág. 383.

(23) HEFELÉ, *Le cardinal Ximenès*, pág. 392.

(24) En la biblioteca de la

Universidad Central, tomo de papeles manuscritos (Est. 97, caj. 1, núm. 6), rotulado *Conquista de Oran y memoriales de guerra*, existe una *Relacion*, de que tengo copia, escrita por Fr. LÚCAS DE GAITAN, de las cosas que vió en la Tierra Santa y ciudades de la costa de Levante, con su parecer sobre la manera de llevar á cabo la conquista por estas partes. El escrito está dirigido al cardenal Jimenez, y, segun parece, á peticion suya. Es, pues, indudable que abrigó pensamientos de realizar una cruzada; y más todavía en vista del curioso documento que cita GOMEZ DE CASTRO, y á que alude HEFELÉ en su *Vida del Cardenal*, pág. 395. Es una carta del rey D. Manuel de Portugal, escrita al mismo Cisneros, sobre la empresa de la Tierra Santa, á la cual le promete coadyuvar, encareciéndole las ventajas de tan acertado pensamiento. De esta, y de una segunda carta sobre el mismo asunto, tengo copias en mi poder, y una coetánea (del siglo xvi) de la que escribió en 1506 el mismo don Manuel al Rey Católico, en que discurre largamente sobre el particular. Por consiguiente, este asunto puede ilustrarse con muchas pruebas.

El Sr. D. MARTIN DE LOS HEROS, en su *Vida del conde Pedro Navarro* (*Documentos inéditos*, tomo xxv, pág. 130), dice que, despues de lo de Oran, «se preparaba una expedicion..... hasta Alejandria y aun á la Tierra Santa.»

(25) PELISSIER, *Exploration scientifique de l'Algerie*, tomo vi.

(26) Así lo aseguran los principales historiadores, y aun dicen que adelantó al efecto once cuentos de maravedises.

(27) Dicese, por el contrario, que se convino en renunciar á este, si no se realizaba su proyecto.

(28) Oran era una especie de república bajo la proteccion del rey de Tremecen, y el principal mercado del comercio con Levante. Era rica y poderosa, poseia gran número de buques de guerra y mercantes, que ocupaban continuamente aquella estrecha parte del Mediterráneo.

(29) Algunos afirman que Cisneros quiso valerse del Gran Capitán para que acaudillara su empresa; pero como D. Fernan-

do desconfiaba ya tanto de este, se opuso á su nombramiento.

(30) QUINTANILLA trae el estado de la gente y aprestos que pidió el conde Navarro para la jornada (lib. III, cap. 19). El códice citado de la Universidad Central contiene tambien el *Memorial* de HERNANDO DE ZAFRA, *de la gente que es menester para passar en allende, y asy mesmo de los bastimentos* (año 1506). Uno y otro documento son interesantes, pero no puedo insertarlos por no hacer este escrito demasiado voluminoso.

(31) De los soldados que vinieron de Nápoles á la conquista de Africa habla ZURITA en sus *Anales*, tom. vi, lib. vi, cap. 15.

(32) Por la razon expresada tengo que renunciar á trascribir aquí la nota de los marineros y buques que sirvieron en la expedicion de Oran. Existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, y comprende noticia del número de embarcaciones que se llevaron, el porte de cada una, sus patrones, pilotos y tripulacion, los sueldos que se pagaban, etc. Eran 53 naos, 22 carabelas, 6 galeotas, 3 tafuereas, una fusta y 19 barcos.

(33) Atribúyense estos al conde Pedro Navarro, y á Vargas y Villalobos, encargados de los acopios de provisiones.

(34) No están conformes todos los historiadores en las fechas de estos sucesos; sin embargo, es fácil conocer quiénes las equivocan, por las contradicciones en que han incurrido.

(35) En la Biblioteca nacional se conserva un manuscrito (G. 214), *Dichos y hechos..... del Illmo. Jimenez de Cisneros.....* por el licenciado BALTASAR PORREÑO, que, en prueba de la obligacion que tenían antiguamente los sacerdotes de ir á la guerra, cita al TOSTADO, cap. 9, in num. q. 9.

(36) Los pormenores de la batalla pueden verse en GOMEZ, en QUINTANILLA, en MARIANA, en FLECHIER, y en cualquiera de los demas historiadores.

(37) Esta prontitud fue muy conveniente, porque al otro dia llegó el rey de Tremecen con grandes fuerzas, y viendo ocupada la plaza, tuvo que retirarse.—No falta quien asegure que este triunfo se debió á las inteligencias que los nuestros tenían

en la plaza, y á un judío y dos moros, cuyos nombres se citan, que abrieron las puertas á la gente del Cardenal; pero es una suposicion que no se apoya en testimonio alguno.

(38) El precio del botin se estimó en quinientos mil escudos de oro.—Murieron cuatro mil de los enemigos, y cinco ú ocho mil, segun otros, quedaron prisioneros. De los nuestros se dice que no perecieron más que treinta hombres. Pocos son; pero en todos tiempos se ha dado á la victoria este carácter maravilloso.

(39) Los historiadores cuentan aqui lo mal que se condujo el conde Navarro con el venerable arzobispo, y aun la injusticia con que le trató el rey; causas que obligaron á Cisneros á regresar en seguida á España.

(40) *Algerie*, par M. CARETTE. —*L'Univers*, tomo LH, pág. 5.

(41) El historiador á que aludo en este párrafo es GOMEZ DE CASTRO. Sus palabras, que no se han consultado bien, son estas: «Deinde colonos deducendos, qui regionis fertilitate, et cœli benignitate capti, urbem salvam

cuperent, et arva excolerent, et ut iam indigenæ pro aris et focis depugnarent. Alioqui si ea peregrinis, et statim vendituris, beneficii et muneris loco erat daturus, frustra se tot labores suscepisse, cùm omnia brevi essent ruitura. Porrò colonos ea lege Oranum esse deducendos, ut per continuum biennium pedem inde non moveant, nec abesse illis liceat ultra duos menses: si secus fecerint, jus coloniæ amissuros. Jam verò qui designati fuerint, intra duos menses Oranum ire teneantur. Publicus census, aut communia pascua nemini unquam privato donentur, sed aut publicis usibus relinquuntur, aut ad Dei cultum et delubrorum. Quòd si commendatarii, ut sæpius cum rege tractaverat, Oranum tandem mitterentur, qui hostibus nostris oppositi oram maritimam tuerentur, universæ proculdubio Africæ terrorem incuterent. Se quidem permultum reipublicæ interesse censere, ut quemadmodum ad Portugalliæ fines Alcantarenses, et in confinio Granatensium Oretani, quondam à majoribus nostris, quando Castella partim Maurorum vicinitate, partim Portugallensibus discordiis laborarent, constituti essent: et Rhodi Hierosolymi-

tani, qui Turcarum regionibus proximi, eorum insultus et conatus retardarent: ita nunc quando divino beneficio, atque ipsius felicissimo regno, intestinis tumultibus Hispania liberata est, et ejus fines ultra mare prolati, saltem commendatarii Sancti Jacobi, qui in Uclesano cœnobio sunt, et qui illic solemniter initiandi conveniunt, Oranum in novum cœnobium transmigrarent, in castris omnino futuri, donec post confecta vicesima stipendia, jam emeriti militia solverentur. Hoc sanè si tunc regi placuisset, non modò Oranum tutam haberemus, quæ ob Turcarum cum Mauris conjunctionem tam ancipiti custodia retinetur, sed de totius Africæ possessione decertaremus. At rex sibi facultatem donandi commendas, ea ratione adimi videns, causis quæsitis, negotium utile, et ut multis videtur necessarium, quoad vixit distulit. De quo postea Ximinius rerum summæ præfectus, quamvis crebros sermones habuerit, nihil tamen tentandum duxit, donec coràm cum Carolo de re ardua et impedita ageret. Nam Carolus, qui militaris disciplinæ studio cum primis tenebatur, facilè Ximenio assensus videbatur: sed morte ante regem conspectum præ-

ventus, hæc et alia multa, cum maximo reipub. incommodo, imperfecta et informia reliquit. Juxta præscriptam à Ximénio formam, omnia propemodum à rege sunt curata. Nam de colonis deducendis, de agris dividendis, de utraque præfectura Didaco Fernando tradenda, è vestigio sunt confecta. Quæ verò ad religionem, ad publicos mores, ad reipublicæ officia spectabant, ferme intra triennium constituta sunt. Nam regiarum tabularum exempla, tertio ab hoc anno, qui duodecimus ejus seculi erat, data, et deinde per tabelliones Onofrium Garsiam, Melchiorem Nonnium, partim anno quatuordecimo, partim decimo, sub Alphonso Fonseca Archiepiscopo signata, apud me habui, nunc verò ea Compl. Academia tenet, in quibus ex Hispania coloni Oranum deduci, agros ipsis et Maurorum prædia dividi, sex sacerdotes in templo maximo sacris more Christiano faciundis cooptari, quibus itidem sex domos dari jubentur, prope templum ipsum quoad fieri posset, ad accommodam habitationem hominum religiosorum. Alcazavæ et Castello, quod ab altera parte urbis Trimesenium versus Didacus Vera prudenti consilio, statim sub

discessum Ximenii exædificavit (Razalcazar, quasi minorem arcem, Oranienses appellant) singuli sacerdotes deputari mandantur.» (*De Reb. Gest.*, lib. IV.)

(42) M. LEONCE DE LAVERGNE, *Le cardinal Ximènes*.—*Revue des Deux Mondes* du 15 mai 1844.

(43) *Historia de España* de D. ALBERTO LISTA, tomo XXVIII de SEGUR, pág. 536.

(44) Pudiera añadirse, en justificación de este aserto, el largo catálogo de expediciones que partieron de las playas de la Península á las de Africa, despues de la toma de Oran; pero ofenderia con semejante recuerdo la ilustracion de mis lectores.

(45) El abate RICHARD (Trevoux, 1705, 12.º), M. LEONCE DE LAVERGNE, PRESCOTT, HEFELÉ, en sus obras citadas, y otros.

(46) M. PELISSIER (*ubi supra*) dice que fueron inútiles los sacrificios de hombres y dinero hechos en Africa por España durante tres siglos, y que no hubiera producido ventajas para la humanidad nuestra dominacion en Berbería.—Francia se halla á la sazón sometida á la misma prueba.

# CONTESTACION

## AL ANTERIOR DISCURSO

POR EL EXCMO. SEÑOR

**DON ANTONIO BENAVIDES,**

**ACADÉMICO DE NÚMERO.**

**Señores:**

Cuatro años hace que en este mismo recinto, depósito de las tradiciones españolas, se presentó un estudioso escritor á recibir el laurel de la ciencia, digno premio á su infatigable constancia. Si la experiencia que dan los años no era prenda que adornaba al ilustre paladin de la república literaria, en cambio su indisputable mérito le habia hecho acreedor al apetecido galardón que le concedieron los jueces, declarándole con unánime voto vencedor en el combate. El que entonces fue mantenedor de la justa en el campo cerrado de la ciencia, viene hoy por sus propios mere-

cimientos á ser juez en nuevas lides, y á acrecentar con el caudal de sus conocimientos el docto arsenal que posee la Academia. Modesto en aquel día de triunfo, tan lisonjero como merecido; modesto hoy al pisar los umbrales del santuario de la Historia, sus trabajos literarios, de todos apreciados, son la más firme garantía de su inteligente celo por las letras, y la más segura prenda de su laboriosidad futura.

El que en tono grave y castizo lenguaje narró las glorias de Lepanto, narra hoy las glorias de Oran; el que ensalzó cual merecían el valor y la prez del invicto D. Juan de Austria, ensalza hoy el valor, la dignidad y la política del gran Cisneros. Y una es la causa, y unos mismos los móviles que guían á estos varones de preclara fama á llevar á acabada cima tan gigantescas hazañas. No es la Historia, señores, una serie de hechos aislados, sin enlace ni cohesión; ni son tampoco tan variadas sus escenas, que cada una de las interpresas de los hombres tenga su índole distinta, su carácter especial, su intencion vaga y descosida. En la inmensa cadena de los acontecimientos humanos, la Providencia, por sus justísimos y sabios decretos, lleva como por la mano á los héroes, instrumentos de su inmenso poder, para dar comienzo y fin á las obras que se propone en la inmensa sabiduría de sus altísimos designios.

La moral de la Historia, eterna como las leyes de la justicia de Dios, es una en todos los tiempos, todas las generaciones la confiesan, todos los hombres la acatan, y dando con su imponente fuerza la sancion penal á la conducta de los pueblos, así forma y eleva los imperios como los destruye y aniquila. Prueba evidente de esta doctrina son las ruinas magníficas que forman hoy el fondo precioso para el estudio de la arqueología. En el Oriente como en el Occidente hay por do quiera vestigios, no solo de

pueblos destruidos por un volcan ó por otros accidentes naturales, sino de reinos dilatados, de colosales imperios, que, obedeciendo á la ley providencial de que vamos hablando, perecieron despues de pasados los dias de su gloria, para hundirse en el abismo del olvido y servir de leccion á la Historia, como de escarmiento á las futuras generaciones.

¿Dónde están esos pueblos del Asia, que en épocas lejanas simbolizaron la civilizacion del orbe conocido y estremecieron la tierra con el fragor de sus armas? ¿Dónde el saber y los adelantamientos del pueblo egipcio? ¿Dónde esas repúblicas, terror un dia de los pueblos bárbaros, potentes por sus artes y ciencias, audaces y temerarias aun en los tiempos de su corrupcion y decaimiento? ¿Dónde, por último, la señora de las gentes, con sus familias patricias, su senado de reyes y los tribunos del pueblo?

La Historia nos cuenta sus prodigios, sus vicisitudes, su grandeza, su decadencia, su ruina. Si bien la examinamos; si con el sentimiento que despiertan en nuestra mente tantas y tan repetidas desgracias, osamos levantar la vista hasta penetrar en las causas de tan grandes catástrofes, hallaremos, aun en medio de las prosperidades y grandezas de aquellos imperios ó repúblicas, un vicio corruptor, que minaba los fundamentos de su existencia, que debilitaba sus fuerzas vitales, que los conducía á la muerte.

El orgullo del hombre, emperador, ó rey, ó cónsul, ó tribuno; su inconcebible audacia, que, remontando el vuelo en alas de su soberbia, ha querido siempre, ha intentado, unas veces con próspera, otras con adversa fortuna, y solamente confiado en los fueros de su débil razon, erigirse en tirano, dictador y árbitro del destino de los hombres; el exceso de la cultura, que, como la suma ignorancia, conduce á un fin siniestro, han sido, son y serán la causa de esos tristes ejemplos que la Historia nos

muestra en sus anales. En unos pueblos las guerras insensatas, en otros la falta de fe en los tratados, en algunos la moral corrompida de su religion, en muchos el ateismo, que seca los corazones y endurece las conciencias; en todos, el orgullo insensato, la ambicion sin límites, los rencores, las venganzas, acarrean los trastornos, los desórdenes y las revoluciones. ¡Triste suerte de la humanidad, cuando ha perdido el norte de la fe religiosa y política, que conduce al puerto de la quietud y de la sabiduria, y pobres y miserables los pueblos que se solazan al compás de los golpes que sacude el enemigo cuando se halla á las puertas de la fortaleza! Entonces, cuando el dedo de la Providencia señala la hora de la destruccion y el instante final, una mano invisible traza con caracteres de fuego, en medio de las delicias del más suntuoso de los festines, su última y terrible sentencia; el macedon Alejandro invade y sojuzga la Grecia; los bárbaros caen sobre el imperio romano; y desde el rey de los ostrogodos Ermanarico, hasta el conquistador Atila, el *flagellum Dei* de la Historia, no hay pueblo que no se conmueva, reino que no se rinda, ni imperio que no se derrumbe.

El mal, como el bien, no son eternos; del mismo exceso del mal nace el bien, y los pueblos, como el fénix, renacen de sus cenizas; el mismo fenómeno en todas épocas y en todos los pueblos. Si hay un vicio capital que poco á poco va minando las leyes de la existencia de una civilizacion, tambien hay á la vez un principio germinador, vital, de fuerza y de virtud irresistibles, y cobrando vigor con los tiempos, transforma la sociedad, que convalece de las dolencias pasadas, adquiere la robustez propia de la juventud, y emprende la nueva carrera hasta llegar á cumplir, no sin glorias ni peligros, los destinos providenciales á que está sujeta. Pero no creais, señores, que es dado á los profanos el

predecir estas catástrofes ni adivinar el remedio. De largo tiempo preparadas, un día basta á serenar el turbadísimo horizonte, y un hombre solo es el que obra tan grande prodigio. Consultad la Historia, y vereis que la civilizacion se personifica de tiempo en tiempo: de mil en mil años, por decirlo así, toma las formas robustas de un gigante, atraviesa abismos profundos, salva la humanidad de su ruina. Este hombre, este gigante, este remedio heroico aparece en los campos de la Historia despues de prolongadas guerras civiles, despues del asentamiento de pueblos nuevos y bárbaros, despues de sangrientas revoluciones; su origen es desconocido, su carrera es gloriosa, sus empresas extraordinarias; y guiado por la mano de Dios, es fácil para él lo que es imposible para todos; resuelve todos los problemas y todas las cuestiones de jurisprudencia, de filosofia, de politica; es conquistador y es legislador; las naciones se postran á sus plantas, las gentes lo aclaman como á salvador, y la lisonja y la superstición le llaman profeta ó semidios. Este hombre es el mismo, y se llama unas veces César, otras Carlo-Magno y otras Napoleon.

No bajo los auspicios de nombres tan sonoros; con nombres más modestos, aunque muy ilustres, y con magníficos resultados para todos los ámbitos de la monarquía española, tuvieron lugar á fines del siglo xv acontecimientos de alta trascendencia, que, formando de reinos distintos, debilitados por las discordias civiles, una gran monarquía, echaron los sólidos fundamentos de la pública prosperidad, engrandecieron el territorio con gloriosas conquistas, y elevaron el nombre español á inmensurable altura. Ya lo habeis oido: el insigne escritor al cual tengo la honra de contestar, lo ha dicho con la elocuente sencillez que tanto recomiendan sus obras. ¿A quién se debieron tantos prodigios? ¿A quién llevar á cabo empresas tan difíciles? ¿Quién pudo, con-



fiando solo en Dios y en su buena fortuna, ceñirse la corona más preciada de la Europa y hacerse la señora de un nuevo mundo? Todos los que me escuchan han nombrado al héroe, y su nombre no ha salido todavía de mis labios. La grande Isabel, la que igualó en prudencia y valor á todas las mujeres antiguas, y las superó en virtud y amor á su patria. Y ¿cómo, al hablar del gran Cisneros, no habia de presentarse la primera, entre aquella pléyada de hombres ilustres, la Reina Católica, que á todos animaba con su valor, que á todos dirigia con su talento y á todos entusiasmaba con su magnánimo corazón?

Triste enseñanza, largo período de dolorosos ejemplos registró la Historia en sus anales en los tiempos de Enrique IV. Bien lo sabeis : ni habia magnate que no alimentase la más desenfundada ambicion, ni medio ni arte que no pusiese en planta, por ilegítimo y criminal que fuese. Los príncipes de la Iglesia cuidaban, entregados á cosas profanas, más de sus medros que de su rebaño. Cuestiones de un género especial, que no son para referidas, menoscababan el crédito de la majestad Real ; el pueblo descontento y un tanto alborotado ; la gente mora muy sobre sí y esperando duradera existencia en las partes meridionales, donde tenia asentada su dominacion, y por todas partes fraudes, robos, saqueos, incendios, perturbaciones y ruinas. Largo de enumerar seria el catálogo de documentos de aquella tristisima época, en los cuales se pintan con los más naturales colores los males sin cuento que aquejaban al reino : los embajadores de Cárlos de Borgoña exhortaban al Rey á considerar *cuántos excesos se cometian en sus reinos, cuánto menosprecio habia de la justicia, cuántos robos se hacian del patrimonio Real, cuánta licencia tenian los malhechores. Y que esta era tan notoria á todo el mundo, que todos se dolian de ver á Castilla que así habia caído*

de su gloria antigua. En la amonestacion que los grandes y muchos obispos, con irreverente audacia, hicieron al Rey, enviando de ella traslado al Papa, se hacia mencion de la *estirpe fingida por el monarca, á la cual queria dar la sucesion de los reinos, la maldad de sus costumbres, el menosprecio de la religion cristiana, el amor que á los moros tenia, el quebrantamiento de las leyes, la alteracion de la moneda, el no oir los querellantes, la general licencia que á los crímenes y pecados daba, la disolucion de la disciplina militar, la persecucion de las iglesias, la toma de las doncellas, la aprobacion de los maleficios, el odio que á los buenos habia, la fe que daba á los adivinos, y otras cosas que refiere con su puntualidad acostumbrada el fiel cronista Alonso de Palencia.* Paulo II, que á la sazón ocupaba la silla de San Pedro, amonestaba al Rey, diciéndole, con ménos caridad que á su apostólica condicion convenia, y con atrevimiento impropio del que hablaba á un soberano independiente: *haber personas en vuestro palacio e cerca de vuestra persona infieles enemigos de nuestra santa fe católica, en especial que creyen e afirman que otro mundo no hay, sino nacer e morir bestias, e por consiguiente la abominacion y corrupcion de los pecados abominables, dignos de no ser nombrados, que corrompen los aires e desfacen la naturaleza humana, e otros muchos pecados: sus justicias e tiranías son aumentadas en tiempo de vuestra señoría cuales no fueron en los tiempos pasados; pero lo que al presente requiere muy acelerado remedio, es la opresion de vuestra Real persona en poder del conde de Ledesma, pues parece que vuestra señoría no es señor de sí, ni atiende á lo que la razon natural vos enseña; el cual no temiendo á Dios, ni mirando las grandes mercedes que de vuestra alteza recibió, ha deshonorado vuestra persona y casa Real,*

*ocupando las cosas solamente á vuestra alteza debidas.* Las cosas llegadas á este punto, en que naturales y extraños hablaban con imponente descaro; humillado el Rey, alzados los grandes, lanzando el Papa amonestaciones, que más bien eran fulminantes anatemas, era claro que la nube preñada de fuerte vendaval, descargaría bien pronto sobre la infeliz Castilla. No tardó mucho en verificarse tan funesto acontecimiento; que no en balde se habla con menosprecio de la persona del monarca, y no en vano ocupa la atmósfera el viento que trae las revoluciones. Entre Cabezón y Cigales celebróse un concierto, al cual suscribió el infeliz Enrique, sujetándose, cual lo exigieron los malcontentos, á la sentencia de jueces árbitros nombrados por ambas partes. El que de esta suerte abdicaba la corona, indigno era de llevarla; diadema tan preciada, que había ornado las sienas de Alfonso VI, de San Fernando, de Alfonso X, de Sancho el Bravo y de Alfonso XI, cayó de su inmensa altura, en 1465, en Avila, y rodó por el suelo con mofa y escarnio de las gentes, dando principio á una lucha no terminada hasta que los reinos de Castilla, unidos con el de Aragon bajo el imperio de los Reyes Católicos, lanzaron á las costas africanas á los mahometanos, despues de la más seguida y constante guerra y más perseverante política de que hablan las historias.

Los grandes acontecimientos que en los momentos solemnes por que pasan los reinos tienen lugar en dias de zozobras y de inquietudes, vienen acompañados siempre de unos mismos síntomas, y su desenlace en todos es igual ó sumamente parecido. Ni Augusto, ni Carlo-Magno, ni el santo Rey, ni Alfonso el X, al dar el primero la paz al mundo, los dos últimos al dar un gran paso en la union de las coronas castellanas, y al echar los cimientos de la nueva legislacion, llevaron á cabo su propósito

solos y aislados ; á obras de tal tamaño concurrieron gran número de hombres eminentes, honor de su siglo, acrisolados por su valor , célebres por su ciencia, dignos, en fin, del lauro con que las generaciones posteriores han aplaudido su memoria. De la misma suerte, al lado de los Reyes Católicos florecieron insignes varones , cuya excelencia en todos los ramos del saber humano es reconocida por los escritores contemporáneos, y ensalzada con justísima razon hasta nuestros dias. Admiran los juriscultos en los tiempos actuales la suma laboriosidad y la crítica segura de los doctores Montalvo y Galindez. Los aficionados á los estudios históricos, la exquisita diligencia, el delicado pincel, la elocuencia de Bernaldez, Pulgar, Gonzalo Fernandez de Oviedo, Diego de Valera y Diego de Almela. Y ¿quién aventajó en las letras humanas á Lebrija, Alonso de Palencia, Rodrigo Santaella y Juan de la Encina? Y ¿qué diré, señores, de la virtud, ciencia y santidad de Hernando de Talavera, de quien decia Marineo que la ciencia igualaba á la sabiduría ; del comendador de Hornachos, ayo de uno de los príncipes más cumplidos, fresca y lozana flor, agostada y perdida en los primeros albores de la juventud ; del valeroso y prudente capitán Fr. Nicolás Ovando, capitán general de las Indias y fundador de Santo Domingo en la Española? Y ¿qué de tantos y tan preclaros capitanes, unos de egregia progenie, otros cuyos inmarcesibles laureles abrieron las puertas del templo de la fama, y origen y fundamento de casas ilustres hoy, que robustecieron el antiguo patriciado castellano, conquistando en una campaña, y á veces en un dia, un claro nombre, y eclipsando las glorias de esclarecidos y antiguos linajes? El marqués de Cádiz conquista Alhama, el de Tarifa añade á sus proezas los conocimientos adquiridos en largos viajes. D. Sancho de Castilla defiende la plaza de Salsas contra todo el

poder del francés, el marqués de los Velez, ilustre en letras, pelea contra el de los moros, mientras el heredero de la casa de Alba muere gloriosamente en la jornada tristemente célebre de los Gelves. Eclipsa á todos por su ardimiento heróico, por sus hechos fabulosos y por ser el renombrado caudillo que ilustró el arte militar hasta un punto entónces desconocido en Europa, Gonzalo Fernandez de Córdoba, el Gran Capitan, espejo de caballeros, prez de España, esplendor de su siglo. Y ¿cómo no mentar en esta corte de tan cumplidos caballeros, en esta generacion gloriosa de tantos héroes y de tantos sabios, aquel á quien la posteridad ha colocado en el más honrado y alto lugar, al insigne Cristóbal Colon, al genovés oscuro y modesto, al que las gentes tenian por loco, solo porque alcanzaba su entendimiento lo que el de todos los demas no alcanzaba, porque hablaba de cosas que nadie entendia, y de países que persona humana habia siquiera adivinado? Bajo tan felices auspicios, con elementos tan poderosos, guiados por una reina de tan eminentes cualidades adalides tan valientes, políticos tan consumados, varones tan sabios, despertó España de su letargo; á la traicion sucedió la lealtad, á la cobardía el valor, el órden á la turbacion, la sabiduría á la ignorancia; los vestigios de las pasadas guerras desaparecieron; el porvenir de los pueblos castellanos, grande, lisonjero, magnífico, aparecia en lontananza; y el pabellon español, el lábaro de Constantino, radiante y ondeando sobre las cimas del Chimborazo, fue saludado por mil pueblos y naciones diversas, de castas opuestas, de colores varios, de costumbres desconocidas.

Y ¿quién era, señores, el ministro más preciado de la gran Reina, su consejero en aquella época de verdaderos prodigios, en los dias gloriosos que, ofreciendo á la vista de los contempo-

ráneos tan prontos y magníficos resultados, han dejado á la posteridad tan cuantioso legado de admiracion y de respeto? Un pobre religioso franciscano, á quien Dios, por sus inescrutables juicios, hizo salir de la austeridad de la vida contemplativa para fundar un grande imperio y guiarlo por derecha via al puerto de salvacion y de ventura. En el corazon de tan insigne varon se anidaban la fe, que salva, la perseverancia, que fortalece, y la razon, que ilustra. Poseia la fe de San Pablo y la ciencia de San Agustin, las virtudes de un santo, el valor de un guerrero, la razon y prudencia de un hombre de Estado. Pobre, desvalido, habia visitado la ciudad eterna y admirado en ella las grandezas de nuestra religion; y de allí volvió á su patria, consolado en sus aflicciones, más firme que ántes en sus creencias, y con la gratitud en su corazon, sin que sus labios dejasen de proferir bendiciones al Pontífice, que tan bien habia sabido interpretar sus generosos sentimientos. En su patria le esperaban la persecucion y la pobreza, que sufrió con resignacion evangélica, sin el orgullo que desvanece y anula las más grandes dotes del entendimiento, pero tambien sin la bajeza que humilla. Sus virtudes y su mérito le elevaron á las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado, y fue director espiritual de la Reina, y arzobispo de Toledo, y cardenal, y ministro, y gobernador de los reinos, y habló y trató con los reyes y los príncipes, y su voz fue oida, y sus consejos adoptados; y en medio de tanta grandeza, ni el eco de la lisonja perturbó su clara razon, ni la púrpura de que se hallaba revestido deslumbró su vista, ni la fortuna, que favoreció sus proyectos, perjudicó su modestia. Escasas sus necesidades, grande su espíritu, no fundó pingües mayorazgos para su familia; lo que á su persona y modesto vivir regateaba, consumíalo, no en objetos de vanidad póstuma,



estériles y sin recompensa, sino en magníficas empresas, impecederas por su utilidad, grandes por su fin, y de eterno renombre en nuestros anales. Campea entre todas la conquista de Oran, que, con sus propios recursos, con perseverancia singular y con valor heroico, venciendo siempre increíbles obstáculos, llevó á felice cima aquel venerable arzobispo. A examinar bajo todos aspectos este fausto acontecimiento, brillante página de la historia nacional, va encaminado el discurso del Sr. D. Cayetano Rosell, que ha cautivado la atención de esta respetable Corporación y la del auditorio que nos escucha. ¿Podré yo conseguir, siquiera por breves instantes, la misma atención? Gran confianza tengo en vuestra benevolencia. Supla ella la cortedad de mi ingenio.

Señores: Al llevar nuestras armas al Africa, despues de lanzados tan mortales enemigos como eran los mahometanos á aquellas inhospitalarias playas, ¿qué política era la del gran Cardenal? ¿Qué objeto tenia al conducir sus numerosas huestes? ¿Qué sentimientos abrigaba su corazon? ¿Era tal la saña de los cristianos contra los moros, que, no contentos los primeros con una guerra de siete siglos, pretendian prolongarla indefinidamente, buscando á los segundos hasta en sus tierras, destruyendo sus hogares, y de proyecto en proyecto, á cual más belicoso, continuar exterminando la raza y acabar de una vez con el poderoso imperio de los turcos, á la sazón verdadero gigante de la Europa, que amagaba tan pronto herir el corazon de la cristiandad atravesando el Danubio como el Mediterráneo, y siempre con perfidia, y siempre con artes dañosas, y siempre con desdoro de las potencias católicas del mundo civilizado? Ardua era esta empresa, difícil y peligrosa, pero noble y atrevida. En más de una ocasion el gran Cisneros concibió el pensamiento

de llevar la guerra santa á Oriente, renovando en el siglo xvi el ejemplo que dieron los papas en el xi y xii; pero estos buenos descos quedaron sin comienzo de ejecucion. No eran unas las circunstancias en tiempos tan apartados; la España sola era impotente para tan colosal hazaña; y por la Europa corria ya el viento de las revoluciones, que, amenazando tempestades, llenaron de luto y de sangre los ámbitos del mundo. No tardó mucho en que el rayo disparado desde un convento y por un fraile oscuro prendiese en los combustibles hacinados, y formando terrible hoguera, sus fuegos alumbraron á la Europa por el largo espacio de un siglo. Pero la fe de aquel santo varon, abandonada ya la primera intencion por imposible y temeraria, le hizo fijar la vista en las playas africanas contrapuestas á las nuestras, sin que hubiese más obstáculo que allanar para la comunicacion de ambos reinos que el paso del mar Mediterráneo, de fácil y corta travesía.

Aquella tierra adonde la piedad de San Luis le llevó á exhalar el último aliento; aquella tierra que habia oido la palabra de San Cipriano y de San Agustin; que habia ocupado la activa política de los romanos; aquella tierra de tan ventajosas condiciones para la civilizacion, como causadora de tantos males para la Europa, y sobre todo para el nombre de Cristo, debia fijar la atencion del obispo, del guerrero y del hombre de Estado. La fe, aunque muy viva, el sentimiento religioso, aunque profundamente arraigado en el corazon de Cisneros, no fueron los únicos móviles, ni fueron tampoco los únicos resultados que el venerable Arzobispo se propuso, al llevar nuestras armas, vencedoras ya en Italia, á conquistar nuevos laureles en el Africa. Política profunda, constantemente seguida por todos los pueblos, es la de impedir al enemigo el desarrollo de sus fuerzas, la de llevar

la guerra al país de donde se teme. Los reinos de Castilla y de Aragon estaban completamente libres de enemigos ; las capitulaciones de Granada habian concluido con el poder mahometano ; pero dentro de las ciudades , en los campos , y albergado en lo más escabroso de los montes , residia un pueblo vencido , que conservaba con feroz entusiasmo sus primitivas creencias , y que al odio á los españoles , á la aversion que profesaba al cristiano , unia ahora el despecho de la derrota , lo inmensurable de la desgracia cuando es eterna. Los deseos eran comunes , las tramas diarias , las inteligencias continuas entre los moros de la costa y los de Africa ; andando el tiempo , los mismos acontecimientos acreditaron cuán en peligro habia estado la conquista de los Reyes Católicos , y cómo los extranjeros , y aun los naturales que andaban por causas ocasionales en deservicio del Rey , tomando por instrumento á los moriscos , amenazaban la tranquilidad de los reinos. Aislar á aquellos en las comarcas que ocupaban , quitándoles toda comunicacion con las partes del Africa , evitar de este modo que llegasen auxilios y consejos , poblar de gente española toda aquella region , fundar establecimientos marítimos y comerciales , era la política más humana , más prudente , más fecunda que podia abrigar el pensamiento de un hombre previsor.

En esta nuestra edad , en la que tanta experiencia hemos alcanzado los que en ella vivimos , no podemos ménos de admirar la política del Cardenal , considerando cuán ventajosas consecuencias , qué resultados tan magníficos hubiéramos tocado , si todos los que han empuñado el gobernalle de la nave , unos con próspera , otros con adversa fortuna , hubieran llevado á cabo , con la perseverancia que esta clase de empresas demanda , política tan acertada , y en la que estaba encerrado el porvenir de

un grande imperio. La sangre española, derramada á torrentes en Italia y en Flandes, tal vez se hubiera ahorrado en su mayor parte; y cuando no, tan costoso sacrificio hubiera encontrado satisfaccion cumplida con la conquista de la parte septentrional del Africa. Nuestro territorio hubiera tenido glorioso ensanche, merced á ricas y florecientes colonias, fáciles de fundar, y más fáciles todavía de conservar; las bárbaras correrías de los corsarios berberiscos no hubieran costado tantas lágrimas ni tanta deshonra á la Europa; nuestra santa religion, ensanchando los límites de la civilizacion moderna y suavizando las costumbres de pueblos bárbaros, hubiera hecho de dos partes del mundo una, con hábitos, costumbres y tendencias conformes. Entónces, una medida de gobierno, quizás necesaria, pero muy dolorosa, se hubiera evitado con gran provecho de la poblacion, de las artes y de la industria de los reinos. Lepanto, la gloria de D. Juan de Austria, el triunfo señalado de las armas cristianas, que hundió el pabellon musulman en lo más hondo de los mares del Adriático, y desde cuyo instante comienza la decadencia visible del imperio turco, hubiera tenido grandes y muy provechosos resultados. ¿Quién sabe, señores, hasta qué punto hubiera sido fecunda aquella política, qué de bienes, qué de felicidades no hubiera alcanzado la noble gente ibera, cuyo deseo de gloria en aquel entónces era insaciable, cuyas hazañas fueron fabulosas y son hoy admiracion del mundo? Nosotros dimos los primeros pasos; la política española desde muy remota época indicó á la Europa el camino que debía seguir. Por desgracia, olvidando la razon de estado de los hombres más ilustres, más atinados, más prudentes del reinado de los Reyes Católicos, perdimos el derrotero; empeñados en conquistas lejanas, aunque muy populares por lo increíbles y maravillosas, y en mantener la do-

minacion de reinos y pueblos europeos, enclavados en territorios ajenos, vimos desaparecer toda nuestra grandeza; y cuando, al cabo de dos siglos, los países conquistados ó heredados recobraron su independencia, la España era un yermo; no quedó en tan grande desolacion más que la memoria de lo que fue, y solo ella bastó todavía para inspirar respeto y temor á los enemigos.

Señores, este deseo de invadir el Africa, esta intencion de conquistar países tan dilatados, se remonta á tiempos muy lejanos en nuestra historia. Es verdad que ni entónces, ni mucho despues, pensamiento tan útil á la par que grande y honroso fue explicado, ni comentado, ni, como ahora decimos, formulado; pero existia en la mente de los que lo intentaban y en la conciencia de todos. Sucedia con esto lo que con las ciencias, que existen ántes que la fórmula por la cual se comprenden y se enseñan. Homero, el gran poeta, existió ántes que Aristóteles, y los oradores griegos y romanos no necesitaron de las reglas de Quintiliano para conmover con sus arengas al Areópago y al Senado, y de política no se escribió sino mucho tiempo despues que los pueblos se regian por usos, costumbres y leyes. El arte y el estudio clasifican, ordenan, determinan, aclaran; pero no crean: esto solo es dado al poder de Dios.

En los gloriosos tiempos del santo rey D. Fernando creian muchos como cosa hacedera y aun fácil cortar la retirada á los moros de la Andalucía, conquistando el litoral de Africa. Y no es extraño que el santo Rey abrigase con cariño una idea que á sus ojos se presentaba como el limite natural de sus empresas y deseada esperanza de todos los españoles. Lanzado desde el principio de su reinado en el camino de las conquistas, desde Cuenca habia ido paso á paso y sin interrupcion, ya dirigiéndose á Levante, ya tomando la via del Poniente, astragando comarcas,

rindiendo ciudades, destruyendo fortalezas, guarneciendo presidios, hasta llegar bajo los muros de la ciudad de Granada. El santo rey oyó el último gemido de la reina de las ciudades árabes de Andalucía, de la rival de la Meca, de la capital del imperio de Abderraman, y tomando ántes las fortísimas torres de Jaen, Ubeda y Baeza, le abrian las puertas, y el adelantamiento de Cazorla, frontera de los moros, se quedaba muy tierra adentro de los cristianos, y por último, enderezando su camino á la populosa Sevilla, cambiaba en lo alto de sus ricos minaretes la media luna por la cruz de Cristo. La fe le animaba, la fortuna le sonreía, la esperanza aliviaba el peso de sus cuidados y trabajos; pero la muerte vino á interrumpir sus triunfos y á dejar olvidados sus proyectos. No lo fueron tanto, sin embargo, que muy á los principios de su reinado, su hijo y sucesor D. Alonso el X no tratara de ponerlos en ejecucion. Para llevarlos á cabo con toda seguridad renovó la antigua alianza con el rey moro de Granada, y la estableció con algunos príncipes infieles de los que dominaban en el Africa. Preparado ya para la empresa, dió cuenta al pontífice Inocencio IV, suplicándole aprobase la confederacion que pretendia ajustar con los moros, para evitar, segun dice Mondéjar, el recelo ó escrúpulo que raras veces dejan de producir semejantes alianzas entre infieles y católicos. El Sumo Pontífice oyó benévolo las preces del Rey, y en un breve dirigido al mismo príncipe le prometió confirmar las alianzas que habia hecho con los moros, pues eran para mayor gloria de Dios y honra de su Iglesia; y en el mismo dia ordenó á los obispos de Cartagena y Zamora enviasen en socorro del Rey, que estaba para ir contra los moros de Africa, varones religiosos que administrasen los sacramentos, y clérigos que siguiesen sus ejércitos, pues que se trataba nada ménos que de ensanchar los límites

del imperio cristiano y adquirir nuevos súbditos á la Iglesia. Y por otro breve, dirigido á los mismós obispos, les encargó que perdonasen á los logreros que se hubiesen apoderado de la hacienda ajena, toda vez que llegasen contritós al tribunal de la Penitencia; y que los bienes restituidos fuesen aplicados á gastos y salarios de la sagrada expedicion, siempre que no existieran sus dueños legítimos.

Confiado ya el Rey con los breves de Su Santidad, aprestóse para el viaje, y mandó labrar, ántes de hacer otros preparativos, en la ciudad de Sevilla una suntuosa atarazana, admirable por su arte, para asegurar en ella las galeras y navíos de las tempestades y vientos del Austro, que infestaban aquellos parajes de continuo.

La guerra que movió contra Portugal, pidiéndole la restitution de las plazas del Algarbe, de que le habia hecho donacion el rey D. Sancho Capelo, suspendió la ejecucion de tan santo propósito. Pero los aprestos seguian, los puertos de Vizcaya daban claro indicio de que no estaba olvidado el pensamiento del santo Rey, y si otro testimonio no hubiese, el breve de Su Santidad, despachado en Perusa á 4 de los idus de enero, año x de su pontificado, nos sacaria de toda duda. Oderico Rainaldo, con este motivo, dice: *Apresuraba en España Alfonso, rey de Castilla y de Leon, la expedicion en Africa, que tenia premeditada su padre Fernando, habiendo mandado prevenir algunos años ántes una armada en las costas de Vizcaya.* A los piadosos deseos del Rey correspondió el Pontífice, mandando á los superiores de la órden de los predicadores y de la de los menores del reino de Castilla, que por sí mismos ó por medio de sus más virtuosos y elocuentes religiosos exhortasen á los pueblos á que siguiesen las banderas de la cruz, prometiendo de parte de Dios á los que fuesen á esta